EL SOCIALISTA ESPAÑOL

Organo de la Federación Socialista Española y portavoz en Francia de la U.S.E.

Correspondencia a : 72, rue Turbigo PARIS (3e)

ABRIL 1954

«Le Socialiste Espagnol» MENSUEL. — Prix : 15 Francs

Inquietudes que reclaman una actitud clara

por JULIO ALVAREZ DEL VAYO

QUINCE años de exilio y el sentido crítico dirigido hacia los errores pasados, para quien tenga el valor de comenzar por enjuiciarse a sí mismo, son antídoto eficaz contra el engreimiento desmedido. Podría también contribuir a corregirlo el sentido del ridículo. No es ya fácil desenvolverse como líder en un escenario adecuado y con un auditorio auténtico y entusiasta, generoso en el reconocimiento de una actuación bien inspirada. Pavonearse con gestos de mando y de anatema entre gentes aleccionadas por el dolor, hartas de las divisiones republicanas, ansiosas de hechos positivos y de una política de combate, es haber perdido la noción de lo discreto. Un puesto de dirección en la República emigrada, vaya acompañado de un título oficial, o derive de la confianza puesta en el elegido por quienes militen en la misma línea política, requiere mucho más tacto, yo diría mucha más humildad y un concepto de la responsabilidad todavía mayor que si se estuviese actuando en el propio país, a lo largo de una política normal, con las masas o grupos de afiliados en condición de vigilar y rectificar desaciertos posibles.

Todo esto y lo que ello lleva consigo como insinuación, está dicho para recordar que el simple hecho de sabernos una organización limitada, aunque muy segura de la justeza de su posición y de merecer un día dentro de España la confianza de una gran parte del socialismo español, nos protege, a los que constituímos la Unión Socialista Española, contra cualquier veleidad de engreimiento cuando se nos informa de que en el interior se sigue nuestra labor con aprobación y simpatía. Pero, ciertas comunicaciones recientes no destinadas, por razones obvias, a la publicidad, prueban hasta qué punto el interior conoce a todos, sabe quienes están verdaderamente por una acción coordinada contra Franco y quienes se obstinan en impedirla, aunque se cubran con discursos y escritos unitarios, para no hablar de aquellos que se jactan de mantener el veto contra estos o aquellos. El interior no comprende, no puede comprender, el que un individuo o un grupo sinceramente impaciente de cumplir con el deber que pesa sobre todo exilado de poner cuanto esté de su parte para acelerar el derrumbamiento del franquismo y la vuelta de la República, sea desechado, dejado al margen del esfuerzo común. Lo comprende y lo perdona aun menos cuando quienes hacen gala de incompatibilidades, quienes dificultan la inteligencia entre los republicanos, no sienten la fe necesaria para llevar por sí mismos adelante la lucha.

« Pues si ciertos jefes de la emigración — decía una de esas comunicaciones del interior a que aludíamos más arriba — no quieren marchar juntos con los otros, ni tampoco hacer por propia iniciativa gran cosa, ¿ en qué justifican la continuidad de su jefatura ? Que la emigración se reagrupe alrededor de los que quieran la unidad y la lucha. Hay muchas cosas del exilio que, para los que estamos aquí y tenemos que aguantar todo esto, nos resultan totalmente incomprensibles. »

Es natural que esta demanda constante del interior por una actuación vigorosa de la emigración adquiriese mayor insistencia al evidenciarse cómo el Tratado con los Estados Unidos, si ha supuesto de momento un respiro — muy relativo — para el régimen franquista en el dominio económico, le ha creado en el dominio político una serie de problemas que una oposición audaz y bien dirigida podría explotar a fondo. Para comenzar, el pueblo español, con su instinto fino, se ha dado cuenta de que el dictador y sus partidarios han colocado sus intereses de clique gobernante por encima de la seguridad nacional. Que el Tratado no constituye únicamente una amaneza a la soberanía española, ya con su firma indiscutiblemente disminuída en el proceso de su ejecución, sino que pone en peligro la vida de los españoles. Por mucho que la censura y la penuria de información de la prensa del interior reduzcan los comentarios que suscitan en los Estados Unidos cada nueva noticia sobre desembarco de material, envío de comisiones de artilleros, aviadores y técnicos, esclarecimiento — para el beneficio de la opinión pública americana y hecho con la indiscreción característica — de lo que son las bases americanas en España, de los depósitos atómicos que se van a acumular allí, la gente en nuestro país comienza a sublevarse contra la idea de que para escapar a su caída, el franquismo no sólo haya vendido a España sino que la ha arriesgado en la primera línea de las represalias atómicas.

Este aspecto fundamental de la cuestión acaba de ser dramatizado con la explosión, el 1 de marzo, en Bikini, de una bomba hidrógena seis cientas veces más potente en su capacidad destructiva de la arrojada al fin de la guerra sobre Nagasaki e Hiroshima. Es un hecho de una gravedad extrema. En los Estados Unidos ha tenido el doble efecto, de un lado neutralizar la pérdida de prestigio del senador Mc Carthy, como consecuencia de su error al enfrentarse con el Ejército ; la influencia de Mc Carthy está en relación directa con la histeria producida por el pánico de la guerra atómica y el miedo de que Rusia arranque a los Estados Unidos el secreto de sus nuevos perfeccionamientos en técnica nuclear y la iniciativa. Los detalles divulgados sobre la reciente explosión, pese a que tanto se hable de la necesidad de « no informar a los rusos », han vuelto a reavivar la histeria y a proporcionar a Mc Carthy nuevo terreno propicio para su campaña de intimidación. Pero, del otro lado, y como una manifestación más de las contradicciones americanas, ha envalentonado nuevamente a aquellos elementos que de mala gana habían asumido una actitud más comedida con el anuncio por Malenkov de la bomba H. soviética. Ahora se sienten otra vez con una bomba más fuerte que la rusa y todo ello se transforma en una seria amenaza para la paz. De modo que el decirle a los españoles : « Franco os ha expuesto a las más terribles represalias atómicas » no es un ardid demagógico, sino algo que responde a la situación actual, que ninguna propaganda falangista destinada a calmar la inquietud creciente en el país, puede desfigurar.

Que los que en el exilio continúan permitiéndose el lujo de dividir a los republicanos, o de oponerse a las presentes tendencias de unificación, que para el caso es igual, se pongan a pensar detenidamente en las excepcionales posibilidades de ataque contra el régimen franquista que el Tratado con los Estados Unidos ha abierto a la oposición republicana, a condición de que ésta deponga sus recelos y sus odios. Se comprende que los del interior se pregunten a qué aguardan ya los republicanos para unirse y para actuar. Y se explica también que dentro del exilio mismo, los mantenedores de la desunión comiencen a inquietarse por cada reunión, por reducida que sea, en la que se habla y se pide la unidad. Cada refugiado, dentro de su propio grupo u organización, puede acelerar el proceso iniciado con sólo plantear la cuestión y reclamar una actitud clara. Las habilidades políticas de viejo estilo no sirven para combatir al franquismo.

14 de Abril

Más de quince años de dictadura franquista son muchos años de sufrimientos para que el pueblo español no recuerde la fecha del 14 de Abril con toda su evocadora significación.

Por lo que la República democrática de trabajadores de toda clase, que fué la del 14 de Abril, representó y representa para las libertades y derechos humanos, y por los sacrificios heroicos que ha costado a sus defensores, nosotros renovamos en este aniversario la esperanza de reivindicarla persuadidos de que la República hará posible mañana la justicia social que ambicionamos para la clase obrera.

PANORAMA ESPAÑOL

ACORDAOS DEL « MAINE »

LOS voceros periodísticos mejor calificados de **España feliz**, como el presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, llama a la corrompida satrapía franquista, siguen prodigando imperturbables sus optimistas e hiperbólicos comentarios a los acuerdos, ya en vía de aplicación, concertados por la administración norteamericana con el régimen faccioso, dictatorial y liberticida que degrada y oprime al pueblo español.

Es bien sabido que dichos acuerdos tienen por objeto — aparte el de hacer mangas y capirotes con la integridad, la soberanía y la independencia de nuestra patria —, « contribuir al mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional ». Nada menos que esto. Digamos francamente y en términos diplomáticos, que « las altas partes contratantes » divagan o ironizan con desenfado. ¡ Aviadas estarían la paz y la seguridad internacionales, si todos sus esforzados paladines y defensores fueran de la contextura política y moral del « caudillo » y sus jerarquizados acólitos ! Y permítasenos decir también, porque en este trance propicio viene a punto, que ni el régimen corrompido y oprobioso que representa Franco puede llegar a más, ni a menos la poderosa democracia que preside el general Eisenhower.

⁂

Con la desaprensión y la engolada ampulosidad que les caracteriza y juzga ; pero también con subterfugios y sutilezas de estilo que revelan, al menos, acuciadores presentimientos de graves repercusiones y de emergencias imprevistas y perturbadoras, los conspicuos comentadores franquistas calculan las grandes ventajas y beneficios inmediatos de la ayuda americana y pronostican los saludables efectos que han de producir en el progreso y economía de la nación y « de modo especial en las clases más modestas que han de beneficiarse con cada nueva ganancia en su nivel de vida ». Magnífico porvenir, sin duda. Sus perspectivas no pueden ser, pues, más halagüeñas y estimuladoras. Pero la realidad cotidiana, la realidad real — valga la redundancia —, la que naturalmente determinan e integran los hechos, y la otra, la realidad que provocan sin posible remedio las corrupciones, las concupiscencias y las demagógicas trapacerías de la Falange omnipotente, conjugadas con las especulaciones fraudulentas, las exclusividades de privilegio y los turbios negocios de encrucijada de esa fauna voraz de jerarcas de todo pelo que el franquismo prolifera y que vive adherido a sus órganos rectores como el muérdago a la encina, frustarán todas las posibilidades por grandes y numerosas que ellas sean y falsearán todos los cálculos por muy cuidado y perfecto que sea su ajuste.

⁂

Preciso es convenir, sin embargo, aunque en tanto que patriotas y republicanos el hecho nos inquiete, que el substancioso maná americano, cotizado en dólares y en cooperación de orden técnico y militar, ha rendido ya al régimen caudillesco positivos y tangibles beneficios. Cuando la ayuda se urdía en el secreto de las cancillerías y no era más que una promesa, sacó al franquismo del aislamiento a que con justicia estricta se le había condenado. Más tarde le facilitó la oportunidad de airearse, « sin claudicar », para mayor vergüenza de sus protectores, en los medios políticos internacionales. Y ahora se lo otorgan, previa la hipoteca de esas cosas que el honor y el patriotismo del pueblo juzga intransferibles, los medios y los recursos de sobrevivir a sus fracasos y corrupciones, fanfarronear sus victorias diplomáticas y reforzar la ortopedia policíaca y represiva que mantiene a España tan hambrienta de pan como de libertad y justicia.

Las « ganancias » y los beneficios que han de mejorar el nivel de vida de las clases modestas y laboriosas son menos substanciales y más aleatorias. El pueblo, en fin de cuentas, puede esperar. Como siempre, ha vivido al margen de esta etapa de turbia política franquista. Ni antes se consultó su opinión, ni después se ha pedido su consentimiento. Esta no es su hora. Se le reserva el honor de contribuir a « nuevas y próximas empresas ». Y si por desgracia la estulta insensatez de los maníacos de la dominación y la belicosidad, tomando en serio su papel de estadistas, desencadenan un día esa nueva conflagración mundial con la que se nos intimida desde hace tanto tiempo, se exigirá al pueblo toda suerte de heroicidades y cruentos sacrificios, incluso el de la vida, en defensa de los principios y valores de la civilización cristiana y para mayor honra y gloria del « caudillo » providencial que le cupo en suerte.

⁂

La ayuda norteamericana, en su cuantía, modalidades y aplicación, es al fin la realidad tan esperada por el usurpador régimen franquista. Su junta de rabadanes, en función de « Cortes españolas », ratificó sin previa discusión, naturalmente, y naturalmente también, por unanimidad y entre aplausos como no podía menos de ocurrir, los acuerdos ultimados tras largas y laboriosas negociaciones.

Esta comedia seudodemocrática y parlamentaria, merecía otro colofón que el de los aplausos clamorosos y las felicitaciones aduladoras e interesadas. Y le habría tenido a tono con las circunstancias, si alguno de los « señores procuradores », para refrescar la memoria de sus colegas en gregaria domesticidad, poseído de un súbito sobresalto patriótico, se hubiera atrevido a apostrofarles gritando con toda la fuerza de una sincera indignación : Acordaos del « Maine ».

DOMINADOR GOMEZ.

Libertad para España

La agitación que de poco tiempo a esta parte está provocando el « caudillo » viene a demostrar el peligro para la paz mundial que representa su permanencia en el poder.

Los problemas que provocan esa agitación franquista, no creemos que puedan ser solucionados por los que hoy sojuzgan a la nación española. Al contrario, ya se dará esa gente buena maña para complicarlos con el propósito de sacarles todo el jugo posible. De ahí que el interés nacional y el mundial reclamen terminar cuanto antes con un régimen que sólo vive para el mal.

La opinión pública internacional tiene el medio de saber cual es el sentir del pueblo español en relación con los problemas que hoy inquietan a los hombres y en cuyas soluciones España, la verdadera, no la de Franco, podría aportar su concurso valioso, como tantos otros. Y no hay duda que la colaboración de una España libre podría ser un factor importante en la obra constructiva y pacificadora que necesita la Humanidad.

Lo que resulta evidente es que España, el pueblo español — mal que les pese al Vaticano y a Washington, padrinos mayores del dictador — no está con el régimen que le oprime desde hace quince años. Como es, también, un escarnio que se le esté sosteniendo a sabiendas del daño y de los odios que desencadena.

Mientras que todas las preocupaciones tienden a hacer de Alemania una nación unida y libre (por lo menos eso se dice) se olvida de que España, dominada por un discípulo de Hitler, es el hogar en cuyas cenizas se oculta el rescoldo de una revancha fascista. Pero de este peligro no parece que quieran darse cuenta los que hoy aspiran a repartirse el mundo.

Sin embargo, España dirá un día su voluntad. El camino para que pueda hacerlo es el que conduce al derrocamiento del franquismo, que sería un hecho si los países que hoy le ayudan o le toleran hubiesen cumplido ayer con su deber.

Víctimas de esta negligencia — aunque podría emplearse un calificativo más apropiado — los republicanos españoles habremos de recorrer ese camino liberador solos con la fuerza de nuestra justa razón y la voluntad de rescatar España de las garras del tirano.

J. BELTRAN.

TOMAS BILBAO

En México ha fallecido recientemente D. Tomás Bilbao Hospitalet, exministro de la República Española. El Sr. Bilbao nació en la capital de Vizcaya el 18 de septiembre de 1890. Fué uno de los fundadores del partido de Acción Nacionalista Vasca, y había sido concejal del Ayuntamiento bilbaíno, decano del Colegio de Arquitectos y jefe de la Defensa civil al comienzo de la guerra española. Después fué cónsul en Perpiñán, y en 1938 entró a formar parte del Gobierno que presidía nuestro compañero Negrín. Sufrió el exilio en Francia hasta 1952, logrando trasladarse a México, donde se distinguió por su actividad republicana y por su fe inquebrantable en la derrota del fascismo español.

La repentina defunción del Sr. Bilbao causó una dolorosísima impresión entre los refugiados españoles, que le estimaban en su justo valor de hombre honesto, inteligente y leal a sus convicciones. Tal efecto se exteriorizó en el entierro, al que acudieron numerosos exilados de todas las tendencias políticas.

La Unión Socialista Española estuvo representada por nuestros compañeros Lamoneda y Lorenzo, y España Combatiente, por D. Antonio Velao.

La República pierde a uno de sus defensores más tenaces y el País Vasco a uno de sus hijos más preclaros.

Reciban sus familiares la expresión de nuestra condolencia, profundamente cordial.

CONTINUA LA REPRESION

El juicio de los huelguistas de Mayo de 1951

A los procesos recientes de Madrid y Ocaña ha seguido el de Vitoria contra los huelguistas del mes de mayo de 1951. Se juzga a los procesados por el delito de querer hacer valer unos derechos elementales que sólo una dictadura como la de Franco es capaz de negar a los españoles. El rigor de las medidas franquistas inquieta a la opinión internacional y hace que se eleven contra la represión multitud de protestas que son otras tantas condenaciones implacables de ese régimen de impostura y sin entrañas que asola nuestro país.

En Francia y en los Estados Unidos estas manifestaciones han sido suscritas por importantes organizaciones, prestigiosos escritores y hombres políticos, y en Inglaterra la reacción contra los desmanes franquistas ha sido tan importante que el embajador de Franco en Londres, Primo de Rivera, se vió obligado a hacer pública una nota que la OPE comenta en los siguientes términos :

« El duque embajador ha querido dar a los ingleses una lección de buenos modales internacionales haciéndoles ver que nadie debe preocuparse de lo que pasa en casa ajena y que al menos ellos, los franquistas, nunca se interfieren en los asuntos de los demás. Eso dice Primo de Rivera porque un embajador no tiene obligación extricta de decir la verdad histórica. La diplomacia suele consistir precisamente en el disimulo de esa verdad. Primo de Rivera ha cumplido su cometido pero lo ha cumplido enfadándose, y esto no es propio de un embajador, aunque sea duque.

El franquismo suele presumir de que las puertas de España están abiertas porque no hay secretos que ocultar. Todo lo que de malo se dice que pasa en España son calumnias y maquinaciones de sus enemigos. Hoy, en España, un testigo imparcial sólo puede ver las « realizaciones » del régimen que se han hecho y se van haciendo para procurar a los españoles la felicidad terrenal. Es una pena que los gobiernos de los demás pueblos no puedan o no sepan hacer otro tanto.

Los parlamentarios laboristas británicos piden a Franco que los procesados de Vitoria sean juzgados con suficientes garantías procesales y que un observador británico pueda estar presente en la vista de ese juicio para comprobar que esas garantías son efectivas. El embajador de Franco en Londres no ha querido que su jefe tenga noticias de tales demandas. Tampoco creemos que esté dispuesto a dar el visado a un emisario británico que quiera ir a Vitoria. El embajador está en contra de la política del régimen, acogedora para todo extranjero. Y, sin embargo, sigue representando a ese régimen en Inglaterra.

El embajador tiene sus motivos para no transmitir cartas ni dar visados. A pesar de la generosidad franquista, el proceso de Vitoria no es cosa para exhibir a los extranjeros. Es un proceso por una huelga sediciosa y en el mismo banquillo de acusación van a sentarse obreros, empleados, patronos y hombres de profesión liberal. Es un proceso subversivos del orden social y entre esos procesados figuran honrados vecinos, de toda solvencia material y moral, cuyas simpatías políticas van del nacionalismo vasco la socialismo democrático, pasando por la Acción Católica. Es un proceso en el que el fiscal pide penas hasta de veintiún años de presidio, pero las pruebas de la acusación sólo se fundan en tres cosas : en declaraciones arrancadas con malos tratos, en hojas de la Resistencia fabricadas por los propios falangistas y en emisiones, que no han existido, de la Radio clandestina de Euzkadi. También se fundan, es verdad — y ello es importante para graduar las condenas — en los informes escritos del gobernador civil, jefe provincial de Falange y jefe del orden público de Alava. Este gobernador comenzó diciendo oficialmente que la huelga de Vitoria no había existido, que la vida de la ciudad no había sido perturbada. Pocos días después — todo ello consta en el sumario — el gobernador hacía saber al tribunal que la huelga había sido gravísima para la vida de la ciudad, que la rebelión era manifiesta, que Vitoria dependió durante dos días, no de las autoridades franquistas, sino del « gobierno rojo-separatista de Bayona », que la industria se había resentido, que la economía se había puesto por los suelos, que los honrados ciudadanos hoy procesados eran unos revolucionarios peligrosos a sueldo del extranjero... Y cuando las autoridades judiciales hicieron ver al gobernador esas patentes contradicciones, el « poncio » respondió, también por escrito y con cajas destempladas, que el tribunal no era quién para descubrir esas contradicciones y que la obligación de la magistratura es callar y obedecer. Ese gobernador es, por profesión, funcionario de la carrera fiscal y fué, según se dice, el primero que izó la bandera republicana el 14 de abril de 1931 en la Casa Consistorial de una importante villa de Aragón. Hoy, ese gobernador, a los siete años de ejercicio en Alava, es un acaudalado propietario y acaba de tener el gesto generoso y piadoso a la vez de que dos de sus hijas, nacidas en Vitoria, regalen la corona de oro con que ha de ser coronado canónicamente dentro de unos meses el Niño Jesús que lleva la imagen de la Virgen Blanca, patrona de la ciudad.

DETALLES DE LA VISTA DEL PROCESO

Han asistido al juicio varios corresponsales de prensa extranjeros, además de los representantes consulares de Inglaterra, Estados Unidos y Cuba.

De todos los representantes extranjeros el único que pudo asistir cómodamente a la totalidad de la vista fué el señor Camille M. Cianfarra, corresponsal del « New York Times », éxito que se debe más a la habilidad personal del interesado, ayudado por algunos periodistas de Vitoria, que a su nacionalidad.

Los cónsules, al encontrarse cerrada la puerta de la sala de vistas, y en la imposibilidad de obtener un trato de cortesía, pidieron instrucciones a sus embajadas de Madrid, por cuenta de la que asistían a estos actos. Fueron varias las llamadas y diversas las recomendaciones. Al fin consiguieron que se diese orden de admitirlos en la sesión de la tarde. Los representantes consulares, después de comer, volvieron a presentarse en la Audiencia antes de comenzar el juicio y entonces se les ofreció el bonito espectáculo de la discusión encarnizada y a veces poco correcta de dos clases de policía con instrucciones contrarias. La policía destacada de Madrid tenía órdenes de favorecer el acceso de los cónsules a la sala. La policía dependiente del gobernador de Alava y dirigida por Apodaca, sujeto de triste memoria, tenía órdenes de impedir ese acceso. Apodaca expulsó a los cónsules de la entrada de la Audiencia. Fueron más fuertes, tal vez, los policías de Madrid que volvieron a llamar a los agentes consulares y les proporcionaron sitio en la sala cuando Apodaca estaba distraído. Al día siguiente, el 26, en que volvió a continuar el juicio se volvieron a repetir estas pintorescas escenas.

La vista comenzó con la lectura de la acusación fiscal.

Se pasó después al interrogatorio de los diecisiete procesados que ocupaban el banquillo. Hay otros tres declarados judicialmente en rebeldía. Del interrogatorio se desprendió de manera inequívoca que la policía les había hecho objeto de torturas y de malos tratos y que muchos de ellos habían pasado 31 días incomunicados antes de llevarlos a comparecer ante el juez. Los procesados que sufrieron esas torturas las relataron ante el Tribunal con todo detalle. Todos manifestaron también que se les habían tomado varias declaraciones y en los autos no aparece más que una sola declaración por cada uno de los procesados.

En lo que se refiere a la prueba documental, aunque el fiscal había señalado la existencia de miles de hojas de propaganda repartidas por la Resistencia vasca, no se pudo exhibir siquiera las que constaban en autos, porque habían desaparecido del sumario.

El fiscal, señor Elorza Aristorena, buceó en la historia del derecho penal español para justificar las penas que se aplican a estos delitos.

Seguidamente informaron los seis defensores. El señor Lacort, abogado del Colegio de San Sebastián y defensor del procesado Agote, analizó la participación de su defendido en los hechos incriminados y al aludir a las declaraciones de los acusados ante la policía las calificó de « escenas siniestras ». Rápida protesta del fiscal ante este calificativo que don Agustín Lacort sustituye espontáneamente por el de « dramáticas ». Es inútil ; el presidente del tribunal ordena que conste en acta la manifestación del abogado por si procede destacar de ella responsabilidades contra el defensor por exceso de lenguaje.

La impresión que ha dejado la celebración de la vista es la de que la policía gubernativa y la Falange han exagerado extraordinariamente los sucesos de Vitoria, en mayo de 1951. De la participación de los acusados en esos hechos no existe prueba convincente.

Pero el franquismo no puede vivir si no es respaldado por ese terrorismo permanente que ha condenado ahora a los dignos huelguistas de Vitoria y a otros 35 detenidos, en Ocaña, a penas de 6 años a 5 meses y de uno a 25 años.

¿ Hasta cuándo va a padecer España ese régimen indecoroso ?

Al mismo tiempo que los madrileños se reparten humorísticamente la parte alicuota del Peñón de Gibraltar que corresponde a cada español, circula también el siguiente diálogo entre el dueño de un kiosko de periódicos y un cliente :

— Deme usted « España ».
— Se ha vendido.
— Entonces deme el « Pueblo ».
— Ese está agotado.
— Bueno ; tendrá usted « Informaciones »...
— Tampoco ; ésas les dan en la embajada de los Estados Unidos.

Directeur-Gérant : JORGE MORENO

Société Parisienne d'Impressions
4, Rue Saulnier. — PARIS (IX•)

Con Franco, Gibraltar no puede ser español

por ENRIQUE ANGULO.

EL esfuerzo de la propaganda franquista para convencer a los españoles de que el pacto con los Estados Unidos deja a salvo la soberanía nacional es inútil. A las falsedades que pone en circulación la prensa domesticada y oficial, responde inmediatamente Wáshington con réplicas lapidarias, que restablecen la triste verdad. El secretario del Aire de Wáshington, Harold Talbott, es quien con mayor claridad viene poniendo los puntos sobre las íes. Después de sus resonantes declaraciones en Madrid afirmando que en España van a establecerse bases atómicas, en reciente conferencia de prensa ha dicho que los norteamericanos podrían utilizar las bases españolas « mañana mismo si fuera necesario ». Quiere decirse, por tanto, que el alto mando de Wáshington dispone sin cortapisa alguna del territorio nuestro. Todo lo demás son falacias.

No podía ser de otra manera. Al fin y al cabo, si los Estados Unidos han ido salvando a Franco del hundimiento, era para llegar a la situación actual. El franquismo debe su pervivencia a los gobiernos de Wáshington. Deuda tan grande sólo se paga con la entrega completa. Presionado cada vez más por la hostilidad de la inmensa mayoría del pueblo, repudiado por las grandes coaliciones democráticas, con una economía arruinada por los disparates y la corrupción, sin más fuerza que el terrorismo, Franco sigue una política exterior inspirada en la quimera de fortalecerse en el interior gracias al patronato de algún poderoso. Se alzó en el poder gracias a Hitler y Mussolini. Cuando finalizaba la guerra mundial, trató de ganarse el amparo de la Inglaterra de Churchill. Como fracasara, cambió de rumbo y empezó a ofrecerse a los Estados Unidos. Los gobernantes de Wáshington consideraron llegado el momento cuando les convino y, por fin, hicieron el trato. Esa es la realidad. Para Franco, España no tiene más valor que el de un bien que se arrienda a cambio de una ayuda exterior que, aunque sea mezquinamente como ahora, le dé la esperanza de apuntalar su quebrantada y precaria situación. No cabe otra ambición, dadas las circunstancias, en los franquistas : durar y mantenerse en el poder, como sea y a costa de lo que sea. Aunque España se convierta en colonia.

Para ludibrio de los españoles, el régimen franquista, cumpliendo el cometido que le asigna Wáshington, quiere lanzar a España en una aventura contra Francia e Inglaterra. Al mismo tiempo, Franco trata de revalidar su fementido patriotismo, apareciendo como gobernante sensible a las reivindicaciones nacionales. Pero su juego no engaña. Son los norteamericanos los que le han estimulado a gallear en lo de Gibraltar y en lo de Marruecos, a fin de debilitar la oposición que a algunos de sus planes encuentran en las dos grandes democracias europeas, y a fin de infiltrarse más aún en territorio marroquí, sobre el cual abrigan ambiciones propias. Wáshington desearía también poner la planta en Gibraltar, desplazando de allí a los ingleses, como ya los ha desplazado en tantos otros lugares. Franco, en su papel de ejecutante, obedece. Cree que así recobrará algún prestigio ante la nación. Ello es imposible, pues los españoles no le perdonamos su constante entrega de España a poderes exteriores. Sabemos que Wáshington fué responsable de que en el año de 1945 la voluntad antifranquista de Francia e Inglaterra no diera fruto ; sabemos que las pretensiones gibraltarinas son una maniobra de inspiración yanqui; sabemos, igualmente, que en Marruecos el franquismo sólo alienta un imperialismo de bajo vuelo, subordinado a las ambiciones de los Estados Unidos. Todo esto lleva el sello de la abyección. Por consiguiente, la tarea fundamental es más que nunca liquidar el franquismo. Sólo así España será fuerte y tendrá autoridad para entrar en la escena internacional con unos propósitos limpios que la hagan auténticamente grande. Mientras Franco siga en el poder, Gibraltar nunca será de España, porque en realidad todo el territorio español estará en manos de algún amo extranjero.

El orgullo nacional

El pacto que ha arrancado a España de su neutralidad arrojándola en medio de una posible guerra, ha sacudido en la Península la indiferencia de muchos españoles. Si momentáneamente la ayuda americana pudiera aliviar la situación angustiosa del régimen, minado por su propia incompetencia y por los efectos de una crisis económica frente a la cual se halla sin plan y sin autoridad para poner fin al despilfarro, la sensación de haber sido malvendidos ha hecho de muchos vacilantes y conformistas nuevos adversarios de la dictadura. Y en estos meses los indicios del malestar y de la oposición creciente contra Franco, van tomando más cuerpo, aunque para contrarrestar esos efectos se está movilizando el falangismo, reavivando consignas y entusiasmos en crisis.

A las contradicciones que dividen la propia clique franquista, y seguramente producto en parte de ellas, viene añadirse una pérdida de prestigio exterior. Nunca había sido éste muy grande, pero la adaptabilidad de la justicia de las democracias occidentales a las exigencias de la política americana, hacía que se cortejase oficialmente al dictador incluso allí mismo donde se le despreciaba. Tuvo que tomar la insolencia caracteres concretos inquietantes y un tono difícil de soportar, para que Londres y París reaccionasen frente a los gritos proferidos en el primer caso contra la reina, y los manejos en Marruecos en el segundo caso.

Sin entrar en el fondo de ambos problemas es de subrayar, sin embargo, que la tirantez de las relaciones franquistas con los aludidos países debilita la posición del dictador español, aunque ello le valga en ciertos sectores algunos vivas a la majeza. Pero en este mismo terreno del « orgullo nacional » la pretendida gallardía de retar a la vez a Inglaterra y a Francia difícilmente puede mantenerse en pie, al producirse sólo un par de meses después de la venta de España a los Estados Unidos.

No se puede ser tan español en Gibraltar y en Marruecos cuando se chalanea con la vida de los españoles por unos cuantos dólares y se tiene sometido al propio país bajo un régimen de coloniaje.

« Franco empezó su lucha por la salvación de España. Tropezó con una conspiración urdida por el mundo entero. En julio de 1936, me decidí a responder a la solicitud de ayuda que me pedía ese hombre ».

(Adolfo Hitler, 6 de julio de 1941.)

Cuartilla internacional

La Conferencia de Caracas

NUNCA una Conferencia interamericana, de las que celebran cada sexenio los países del Nuevo Mundo para ventilar « en familia » sus problemas, cuitas y preocupaciones comunes, se había visto sin duda ante tan delicado problema: aprobar o rechazar una medida que encierra un grave peligro nada menos que para toda la estructuración democrática de las relaciones entre los países americanos.

En efecto, tal como fué presentado y aprobado en Caracas el proyecto de resolución de los Estados Unidos, resulta que las naciones de aquel Continente no pueden tener hoy más preocupación que la de combatir un comunismo que nunca ha florecido en sus territorios nacionales. Pero no estriba tanto el peligro en que se quiera organizar una caza de fantasmas, desatendiendo los vitales problemas económicos y la cuestión, no menos importante, del colonialismo que padece todavía América como que tras esa caza de brujas se oculta el propósito de tener sancionado a priori una eventual intervención en los asuntos internos de cualquiera de esos países, cuando, hablando claramente, las aspiraciones de independencia económica de los mismos choquen con los intereses más o menos ilegítimos del capitalismo.

Resulta siempre difícil para las repúblicas latinoamericanas entrar en el terreno de la divergencia seria con el poderoso vecino del Norte. Cierto que la necesidad de cooperación — política, militar, económica — es recíproca, pero cierto también que los imperativos económicos resaltan diariamente la vigencia de la ley del fuerte y del débil.

Los desvelos que causan a Uruguay las tarifas norteamericanas sobre la lana, la imperiosa necesidad para Bolivia de recuperar mercados para su recién nacionalizada industria estañera, etc., fueron factores que militaron desde un principio en favor de la posición de Washington.

Méjico, que tiene, como todos, sus propios problemas, no se dejó cegar por la obsesión anticomunista — sincera o no — y a él le correspondió aportar la parte constructiva y positiva en esta Conferencia, señalando la peligrosa contradicción entre el texto adoptado — receta preventiva, puerta entreabierta a la intervención — y los principios y normas democráticos que rigen y deben regir las relaciones interamericanas.

La actitud de Méjico, digna y serena, no ha podido sorprender más que a quienes desconocen su limpia trayectoria en el campo internacional. Méjico, que en lo interior marcha siempre hacia adelante consolidando y ampliando las conquistas de su gran revolución popular, tiene un pasado — y un presente — internacional intachable : recuérdese Etiopía, España, etc. Ahora, cuando se han puesto en juego en Caracas las bases sagradas de la democracia americana, Méjico ha sabido, una vez más, dejar a un lado las consideraciones de vecindad más o menos interesadas, para recordar a quienes querían olvidarla, la frase irrefutable de su gran Benito Juárez : « El respeto al derecho ajeno es la paz ».

R. L. I.